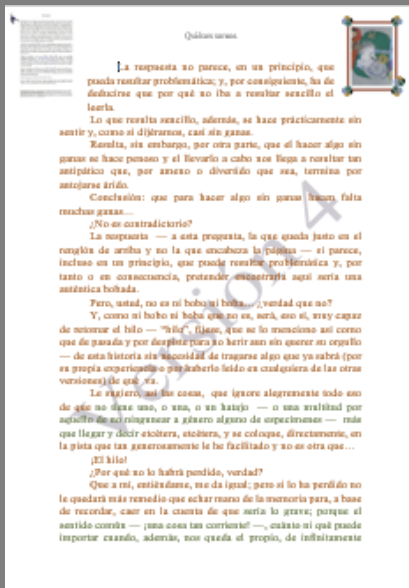


No parece... (Versión 5ª)



Bueno, pues si está aquí la respuesta es, a ojos vistas, que me sigue.

Y es una lástima porque esta versión — que habría de ser, ateniéndose al orden establecido mediante el que por lógica pura ha de invitar a seguir el sentido común, la número cinco — debió de caer en manos de algún desaprensivo que, perezoso, no quiso molestarse en respetar su integridad y omitió, así por su cuenta, todo lo concerniente al “quiénes somos” y todo lo demás

entendiendo — quiero pensar — que el enorme vacío que estaba dejando al silenciarlo ya lo rellenaría/n con su/s respectiva/s enormidades el/los lector/es o la/s lectora/s sucesivos/as en cuyas manos fuera cayendo...

Pero, puesto que es claro y palmario y evidente que no sucedió así y no menos palmario ni evidente ni claro que por qué habría de ser yo, precisamente, quien lo rellenara con mi... iba a decir “particular enormidad”; pero mis particularidades ni son enormes ni tienen, y con esto le estaré confiando una, nada de particular.

Así que, para no desperdiciar el viaje — suyo y mío; que si yo lo he traído, y si usted lo lamenta por su “¡lástima de mi tiempo perdido”!, también yo me lamento por las pérdidas de la lástima y del tiempo mío —, lo voy a llevar directamente al punto en que, en resumidas cuentas y fuera por la razón que fuese buscábamos algo y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía...

Así: sin esperarlo.

La dejamos hacer — a la memoria — y, con deleite, lo aplicamos — el néctar, pero si tenemos que explicarlo todo nos dejamos de sofisticaciones y decimos, por poner un poner, que

No parece... (Versión 5ª)

era lejía — con las yemas de los dedos en las sienas, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que, lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un “mañana” distinto de aquellos que se desperezaban en amaneceres tan iguales, éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más aficionada a las películas musicales de las Gongordiola — que **pero, bueno, eso es muy elástico...**

– ¿Elástico? — Doña Patricia — ¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

– Como muchísssimo — acompañando su ese tan larga, la otra, con un movimiento amplio y lento de la mano.

– ¡Vaya por Dios! — cabeceando ésta como quien se contiene para no exclamar **¡lo que hay que oír!** Y, girándose a su propia hermana —: ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender **ea**.

–**Ea** — doña Patricia —, no; Micaela.

–Pero, ¿cómo — la Gongordiola — que **ea** no?

–Pues como que no, sencillamente.

–Mira, Patricia, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me saque de quici... Porque, ¿quién no ha sido, si es que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

–Ya. Si no — doña Patricia —: si algo sí. A lo que voy es a que...

No parece... (Versión 5ª)

–Lo que ella está queriendo decir — la Gongordiola aficionada a las películas musicales también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser...

–Ah — la aficionada a las películas musicales se calma; se calmó, pero sólo durante los segundos que empleó en cortar los dos filetes de babilla que reservaba todos los lunes para la de Pomares — ¿Y alguien conoce, personalmente a alguien que...

–Pues Don Remigio.

– ¿A quién conoce Don Remigio? — Inquisitiva, irreductible; devolviendo la pieza de babilla a su lugar entre el solomillo y la cadera y clavándole el preci...

–A nadie, Zoila — la Gongordiola aficionada a las películas musicales pero menos es, era, infinitamente más tendente a la hipocondría. Y le explica —: Nosotros, todos, conocimos a Don Remigio...

– ¿Y qué le pasó?

–Bueno — Patricia —, nos contaron que le dio algo a la cab...

–Ya — la Gongordiola, simulando ignorar que Marta Cuervo la mira con ojos algo ansiosos porque tiene prisa, limpia, parsimoniosa, la sangre del cuchillo —; pero quiero saber qué.

–Una apoplejía, o embolia o...

No parece... (Versión 5ª)

–Antes ¡Antes! — Y como por congraciarse con la Cuervo corta, muy deprisa, tres cuartos de quilo de lomo de añojo.

–Pues que nunca fue niño.

Fue Micaela, la primera vez que abría la boca, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender **ea**.

–Nos enteramos, cuando el apenas medio centenar de supervivientes peinábamos ya canas y era por consiguiente imposible reparar el daño, de que jamás... ¡pero que nunca, eh!, había sido niño...

– ¡Caramba! — La Cuervo que, un poco picada —: ¿Eso son mis chuletas?

– O, al menos, no un niño como los demás...

– No; claro.

Aunque hubo quien, incluso, según dijo — la Cuervo se destensó porque “pues entonces creo que voy a preferir costillas” —, pretendió dar pelos y señales asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo... ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona!...

Y que si bueno, pues a ver si es que — insistió Hubo Quien, apostilla la hermana y, la aficionada a las películas musicales, “pues a ver si te aclaras” —, ya nadie se va a acordar del nieto de doña Regina, la soprano...

–Mamá, en cambio, sí que había sido...

– ¿Quién?

No parece... (Versión 5ª)

– ¡Costillas, Casimiro, costillas!

– Mamá, sí.

– Ah – sordo como una tapia, el pobrecito aunque, eso hay que reconocérselo, con su cabeza muy bien amueblada **porque**, dice, **Rosarito, ¿verdad?...** entornando, con gesto soñador, un poquito los ojos **casi siempre**.

Con algunas salvedades, claro está, aunque contadas con los dedos de una mano y por causas de fuerza mayor cual podían serlo... pues, **qué te diríamos nosotras** – intercambiando una mirada cómplice, las Gongordiola –: **sus clases de equitación o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi...**

–Y es que, para ser lo que ella era hacía falta no sólo ser la mejor, y la más lista y la más guapa y la de familia de abolengo más rancio sino, además, tener muchos, pero que muchísimos cromos de la película Quo Vadis y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Servando Angulo, ojito al parche o acordaros de cuando...

Y por supuesto que nos acordamos – en seguida y con unanimidad casi absoluta – de cómo mamá se ponía como un verdadero basilisco cuando el tío Segismundo, su medio hermano, en exceso proclive al lenguaje poético, aludía al viejo baúl “do dormitan” – decía, en palabras textuales – los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Cesárea o cuando, en las tardes tristonas de invierno todos allí alrededor de la chimenea, se le pasaba por las mientes a alguien ponerse a recordar tiempos pasados y él evocaba las rosadas mejillas de Honorina.

–No es ningún viejo baúl, Segismundo – protestaba tratando de controlar su enfado –, es sencillamente un baúl muy viejo.

No parece... (Versión 5ª)

Y que las joyas y los trajes eran un puñado de baratijas y unos cuantos andrajos; ocasionando, con su cambio radical de unas costumbres tan arraigadas, un enorme trastorno y un ir y venir de operarios desconcertados porque, y cualquiera lo comprende, si para el baúl del tío Segismundo lleno de objetos míticos cargados de glamur la ubicación perfecta era el desván con todas sus sombras, aromas polvorientos y silencios adormecidos sugiriendo un pasado de cierto postín, para el de ella, cuatro tablones desvencijados y a rebosar de guarrerías, el destino idóneo tenía que ser por fuerza el trasterillo del sótano, una covacha lóbrega de muros carcomidos por la humedad que, así, al pronto, nadie sabía dónde había que ubicar.

Y, secándose a continuación las manos que se había lavado en la vieja jofaina... “o palangana desconchada; mejor — precisa, no doña Patricia sino la hermana — para no disgustarla”, del aguamanil que fuera antaño de la habitación de don Fulgencio, que en lo «tocante a las mejillas de Honorina, ¡Segismundo, por favor!», rogaba, lo que sucedía era sencillamente que estaba siempre colorada como un pimiento y, ella, «hasta las narices, Segismundo, de tu absurda manía porque, vamos a ver, Segismundo, ¿qué sentido tiene el querernos pintar la realidad como hasta el más tonto de la familia **forzando al levantar de forma maquinal, involuntaria, los ojos al techo sin intención y sin percatarse de cómo nos complicaba la vida a todos con esa falta de dominio sobre sus impulsos, a que el tío Eduardo, tan comedido, se sintiera obligado a intervenir y mitigar la dureza de sus palabras con un «¡discapacitada!» pronunciado con su proverbial dulzura y elevando, él también, los ojos al techo haciéndonos perder un tiempo precioso y, total, nada más para que ella respondiese con un seco "y qué diferencia hay con lo que yo he dicho, eh"**, está al cabo de la calle de que no fue?».

No parece... (Versión 5ª)

Y que no le destrozase los nervios «Segismundo; y usted, tío, perdóneme pero ya sabe cómo soy» y, a nosotros, que despejásemos la mesa de la cocina y «tú», al primero que pillaba y sin discriminar miembros de la familia o invitados, que pusiera el hule y colocase los platos, que era la hora de cenar... «¿pues qué va a ser?, zancarrones de faisana rellenos de trufas malosporum en salsa de vino tinto como siempre», contestaba cuando le preguntábamos «¿qué?».

—Porque mamá se comportaba con frecuencia — cuentan, **“¿verdad, Casimiro?”** ... hablándole muy fuerte — como si no supiese que la sangre que circulaba por sus venas era la de una de las familias más distinguidas del lugar que habría cenado, seguro, zancarrones de faisana rellenos de trufas malosporum en salsa de vino tinto cientos de veces, pero jamás sentada a la mesa de ninguna cocina ni sobre ningún hule.

Esta forma de proceder tan suya que debía ser calificada, por los más, de «enteramente irresponsable o ganas de tocar las narices» y tildada, por los menos, de «acto de profunda humildad digno de encomio» tenía que:

1 — O bien desencadenar las iras de los menos «porque, si además de ser pocos — dirían — nos toca la parte más difícil, ganaréis siempre vosotros». Y eso era injusto a todas luces.

Que parecía sensato.

2 — O, mejor incluso casi, hacer que los más montasen en cólera «porque, si además de ser muchos — argüirían — hemos de hacernos cargo de la parte más fácil, os ganaremos, sí; pero... ¿y qué; eh?». Y eso era una mierda de victoria a todas luces.

Que parecía igualmente defendible y razonable.

No parece... (Versión 5ª)

¿Qué había que hacer, ante una disyuntiva semejante?

Ella, sin embargo y tan pragmática, desentendida de calificativos y de tildes con una sencillez que dónde habría aprendido sin haber apenas ensayado, seguía, a su paso, sin pestañear ni apartarse de su camino un solo ápice y sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad.

Tal vez por eso no mostró nunca interés — aunque ni doña Patricia ni la hermana lo mencionan — por saber quién había sido, nada más por poner un ejemplo, un tal don Fulgencio al que no era posible no acudir mentalmente al referirse a la habitación de la enferma, grande, con balcones y muebles de madera maciza y oscura y cama con dosel o, por poner otro ejemplo, quién la había casado a ella con un tipo como papá.

Porque papá, tal vez por aquello de la complementariedad, era otra cosa; y si alguien pretendía explicar que “cosa” propiamente y en toda la extensión de la palabra habida cuenta de que papá era entre nosotros algo muy similar al paragüero otro alguien lo dejaba por mentiroso — o por, peor aún, poco aplicado — asegurando que la verdadera semejanza era, dada la corpulencia de papá, con el enorme buda de granito y sonrisa imperturbable que llevaba sentado en el jardín un par de siglos o tres.

—Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase, pero si Purificación no estaba o no quería esa tarde entrar por lo que fuese podía hacerlo cualquiera puesto que era algo que sabía todo el mundo — era antiquísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esto, que también tenía inexcusablemente que haber alguien que lo explicase aunque no era forzoso que fuese el mismo

No parece... (Versión 5ª)

alguien anterior, comportaba el compromiso implícito de apostillar «de la familia, del entorno, quiero decir» que Purificación solía pasar por alto al objeto, aducía al ser amonestada, de no interferir en el ritmo al que debían sucederse los acontecimientos —, una especie de presencia de la que tan pronto íbamos alcanzando el uso de razón empezábamos a ser vaga, muy vagamente conscientes y a intuir que estaba en algún lugar...que no era el jardín, ¡Dios nos librase!, porque por alguna suerte de agorafobia o algo muy similar que lo aquejaba desde la infancia Ciriaco aborreció siempre los espacios abiertos, en general, y...debería decirse, «nuestro jardín, en particular», pero jamás se dijo porque por qué hacer algo tan incongruente, ¿eh?, ¿sólo por fastidiar?; y por fastidiar era del todo impensable porque, a Ciriaco, literalmente, se le adoraba.

Sí, se le idolatraba; se le rendía culto y se le obsequiaba con ofrendas que eran depositadas con devoción o por despiste en la basura.

Posdata:

No sé si me entero yo mucho de qué va esta historia. Pero si a mí me han afanado, birlado, choricado mi página creo, me parece a mí, que también yo tendré algo de derecho a meter el moco aquí, ¿no?

De cualquier manera y por si es usted persona metódica que le gusta ir por la vida paso por paso, vuelva a seguirme que lo llevaré, de la manita (y espero que no le sude), a la **versión siguiente**.

Ah, que se me olvidaba...



Los globos, mi marca del zorro.